

una belleza mudable, que puede dejar de amar á quien la amó aunque le haya amado; necio es quien ama á una beldad corruptible, que al mejor tiempo le deje burlado. No hay en la tierra cosa que se pueda amar con veras; y busquémoslo sobre la tierra y el Cielo al mismo Criador de Cielo y tierra. Él es todo hermoso, todo perfecto; y á Él debemos todos nuestros corazones, y millones que tuviéramos. Pero ya que no tenemos más que uno, démosle entero á Dios, y sacrifiquémoslo en agradable holocausto. No es menester para esto degollarnos, no arrancárnosle del pecho; quedándonos con él, le podemos ofrecer á quien nos le dió; porque el corazón y el alma, como dijo San Agustín¹, se ofrece con las santas costumbres, con los pensamientos puros, con obras de provecho, aborreciendo al vicio, amando á Dios, careciendo de falta de pecado, y la fealdad de la culpa, procuranlo una gran pureza de alma y corazón.

CAPITULO XV

Únicamente está en Dios la condición de la hermosura de ser hermoso por sí misma, sin ornato y necesidad de otra cosa. Trátase de la gran excelencia de Dios, de ser suficiente y bastante á sí mismo.

I

Viene también á Dios muy propia y únicamente otra condición de lo hermoso, celebrada de Sócrates y los platónicos, y es, que la verdadera hermosura de tal manera ha de ser hermosa, que lo sea por sí misma, y no por participación de otra hermosura accidental y postiza, que no puede dar substancia de hermosura, sino apariencia breve. ¿Quién no echa de ver que esta condición á solo Dios

¹ S. August., tom. 10, serm. 3, *De Nat. et de Temp.*, 7.

puede convenir? Pues Él solo de sí mismo es hermoso, y lo es por sí mismo, sin tener necesidad de otra cosa más que de su misma esencia para robar los corazones de los hombres y voluntades de los ángeles, que es una incomparable gloria de la Divinidad de bastarse á sí misma. Por eso, cuando la Esposa alabó al divino Esposo de bello y hermoso, añadió Él la causa de su hermosura, diciendo¹: «Yo soy la flor del campo». Este campo era el que se llamaba *Sarón*, conforme á lo cual lee la versión Tigrina: «Yo soy la rosa de Sarón»; é interpreta Vatablo, el campo de abundancia, hartura ó suficiencia: porque bastarse Dios á sí mismo es singular gloria de la divinidad, que por sí misma es hermosa y hermosísima, y cumplimiento de todo bien, sin recibir nada de nadie. La hermosura corporal no se basta á sí misma, y así se procura aumentar, ó con teñir el cabello, ó con pintar las mejillas, ó con blanquear la frente, ó con adornar el vestido; pero esta hermosura compuesta es grande mengua y menoscabo, pues tiene necesidad de tantas cosas para acreditarse, y es ajena. Por esto, como una vez se adornase el rey Creso con preciosísimos vestidos, riquísimas joyas y grande ornato, sentado en un solio real de gran majestad y resplandor, preguntó al prudente Solón si había visto en su vida espectáculo más hermoso. «Sí por cierto, dijo el filósofo; cosas más hermosas he visto, porque he visto á los pavones y otras aves muy vistosas, las cuales son hermosas por su naturaleza, y sin tener necesidad de ornamento ó vestido ajeno, con el vestido que les dió la naturaleza parecen bien». Lo cual es conforme á lo que dijo nuestro Redentor², que ni el rey Salomón, cuando ostentaba su mayor gloria y majestad, se vestía tan hermosamente como una azucena ó lirio; porque la hermosura natural es

¹ Cant. 2. ² Luc., 2, 27.

mejor que la que afecta el artificio, y en Dios es su hermosura, no sólo natural, sino esencial, bien diferente de las demás hermosuras criadas, que, aunque sean naturales, no son esenciales á las cosas. Y la hermosura de la azucena entre las plantas, y la del pavón entre las aves, aunque la tengan naturalmente, y por esto exceda á la hermosura artificial, no la poseen por su esencia; y así al uno se le pueden caer las hojas, y al otro arrancársele las plumas. Por lo cual sintieron algunos filósofos que aun la hermosura natural de las criaturas era menguada, pues no era esencial, y por eso la llamaban ajena; porque ya que no necesitaba de cosas ajenas, necesitaba de algunos accidentes, que son fuera de la esencia y substancia de las cosas, y por eso también se podía llamar ajena la hermosura que dellos resultaba. Lo cierto es que fué celebrada aquella sentencia de Bión¹, cuando á la hermosura del cuerpo llamó dádiva ó bien ajeno, dando á entender que no sólo era cosa que dependía de accidentes, sino que estaba fuera del ánimo, que es la más hermosa parte del hombre, y de la cual se debe preciar más, y en donde tiene más jurisdicción, pues los bienes del cuerpo no están en manos de uno, y los del alma sí. Pero aun considerando la hermosura del alma y del espíritu, que es la más hermosa de las naturales, es muy corta y menguada; porque no es por su esencia, sino que la adornan facultades, potencias y calidades distintas. Y así un espíritu para tener toda su hermosura, no le basta su substancia sola, si no la acompañan también el entendimiento y voluntad, con otros buenos hábitos y actos destas potencias; y para que sea cabalmente hermoso, es menester que sobrevenga la gracia, la cual es tan ajena de la naturaleza, que en ninguna manera la es debida. Sólo Dios, por sólo

¹ Apud Laert., lib. 4, c. 7.

su naturaleza, y substancia, y esencia, es hermoso, de suerte que su divina Hermosura le es, no sólo natural, sino substancial, y no sólo substancial sino esencial, sin tener necesidad de otro ornato, ni de accidente, ó potencia, ó calidad alguna, porque en su misma esencia es sufficientísima y sobreabundantemente hermoso, y grande, y perfecto.

II

Por eso en el hebreo se llama Dios tantas veces *Saddai*, que quiere decir el suficiente, el que se basta; porque tan hermoso, tan omnipotente, tan glorioso, tan bienaventurado estuvo en sí mismo antes de criar el mundo, como ahora lo es, sin tener necesidad de nada. Pues como dice San Pedro Damiano¹: «No ha menester á criatura, pero toda criatura le ha menester á Él; porque antes que criase los ángeles, antes que hubiese tiempo, poseía llenas y perfectas las riquezas de su inmortalidad y gloria. Y así, para criar lo que no era, no le forzó alguna necesidad, ó porque estuviese solo, ó porque fuese pobre: solamente le provocó á ello la bondad de su propia clemencia. Ni para su bienaventuranza pudo ayudar algo la creación de las cosas, pues está en sí tan lleno y perfecto, que ni estando las criaturas se le llega alguna cosa, ni pereciendo todas le falta». Pues no habiendo nada, tenía en sí todo; porque es tan suficiente por sí mismo, que ni para estar ha menester lugar; ni para durar, tiempo; ni para ser, causa; ni para vivir, movimient.; ni para entender, operación; ni para ver, luz; ni para querer, pasión; ni para ser bienaventurado, ventura, ni para tener todo, cielos ni mundo. Él se era y es todo, y vale por mil mundos. Por eso dice Tertuliano²: «Antes que fuesen todas las cosas era Dios, y Él

¹ B. Pedro Damiano, tom. 3, opusc. 36, *De Omnipot. div.*

² Tert., contra Prax., cap. 5.

solo asimismo era mundo, y lugar, y todas las cosas». De la misma manera Minucio Félix dijo¹: «Antes del mundo Dios se valía á sí mismo por el mundo». Al fin era Dios, que vale más que por millones de mundos. También San Agustín, para significar con más exageración cuánto tenía Dios cuando no había nada, dice²: «En sí habitaba Dios, consigo habitaba, para consigo es Dios». Con lo cual da á entender todo lo que se puede entender de grande y sumo.

¿Qué tenía Dios antes de los tiempos, antes de los siglos, antes de las criaturas visibles é invisibles, antes de todo lo que ahora es? Tenía el Sér todo, tenía su omnipotencia, tenía su majestad, tenía su sabiduría, tenía su inmensidad, tenía su bienaventuranza, tenía su hermosura, tenía en sí más que mil mundos, tenía bastarse á sí mismo, tenía no tener necesidad de nadie, tenía no haber menester bien alguno, tenía el ser Dios, con que se dice todo. Por esto reconoce el Profeta á Dios por Dios, porque no tenía necesidad de cosa, y así canta³: «Mi Dios sois vos, porque no tenéis necesidad de mis bienes». Lo cual tampoco pudo negar Plotino, y así, confesando esta grandeza, dice⁴: «De ninguna suerte tiene Dios necesidad, antes es suficientísimo de todas las cosas, y sumamente contento consigo mismo». En la misma conformidad dijo Jamblico⁵: «Dios consigo mismo llena todas las cosas, es todas las cosas, puede todas las cosas». En estas breves palabras señala tres causas desta suficiencia y abundancia divina. La una, por su omnipotencia, porque á quien puede todo, nada le puede faltar. La otra, por la infinidad de su esencia: porque si es Él todas las cosas, ¿de qué cosa

¹ Minut. Felix in Octavio. ² August., in Ps. 122: *Qui habitas in caelo.* ³ Ps. 15, 2. ⁴ Plot., in 6, lib. 9, cap. 6. ⁵ Jamblich., *De Myst.*

puede tener necesidad, pues aunque no tuviera omnipotencia, fuera suficientísimo? Porque, ¿qué cosa podía faltar, aunque no pudiese nada, si tenía todo? Y, al contrario, ¿qué cosa podía pedir á otro, si aunque no tuviese nada, podía todo? La tercera, por la plenitud de su Sér: porque si sobra para hartar y llenar las demás cosas, ¿cómo podría estar en sí vacío?

Cuán grande cosa sea esta gloria de bastarse á sí mismo Dios, se podrá echar de ver por lo que á un hombre miserable no le basta. Y así, el llegar un Dios inmenso á bastarse á sí, comprende una infinidad de perfecciones, y bienes y felicidades. Veamos, pues, que es lo que al hombre no le basta. ¿Quién podrá determinar esto, pues no le basta aun el cumplimiento de sus deseos? Ser Señor del mundo no le es felicidad bastante; y así Alejandro, después de haber sujetado la mayor parte del mundo, lloró porque no había otros muchos mundos de que fuese señor; y si los hubiera y fuera señor dellos, no le bastaran y quisiera ser señor de más. No tiene término nuestro apetito; pues si tantos mundos no le bastan á un hombre, ¿cuán gran cosa es en Dios ser suficiente y bastarse á sí mismo, y esto por una eternidad, sin tener deseo, para su perfecta bienaventuranza, de otra cosa! Porque la vista de su natural hermosura le basta para poseer toda felicidad y contento, y no tener apetito de otra cosa por infinitos años, y siglos y eternidades, sin enfadarse jamás de tan hermosa vista.

¡Oh codicia del apetito humano, qué errada que andas en buscar otra cosa fuera de la Hermosura divina, que si se basta Dios á sí, claro está que te bastará á tí! No ames otra hermosura, no desees otro gozo, ni codicies otras riquezas. Bien dijo San Luis Tolosano¹: «Mis riquezas Cristo

¹ Ex memb. vetus. in Bibliot. Frat. Minor. Lovanii.

son; fáltenme las demás. Toda la abundancia que no es mi Dios, para mí es pobreza y penuria». Dios, sin más ornato ni otra bondad que su mismo Sér, es suficiente posesión de su bienaventuranza. Bástete á ti también Dios desnudo y solo. Por sí mismo debes amar á este sumo Bien, pues por sí mismo es todo bien. Aunque no te dé otros bienes del mundo, bástete el que es mayor bien del cielo. Sin riquezas, sin salud, sin fuerzas, sin honra, te puede sobrar Dios, y todo lo demás no te podrá bastar. Yerra el apetito humano en querer ser como Dios, tan bienaventurado que no le falte nada, buscando riquezas, ornato y honras, pues nada desto le puede bastar, y Dios se basta á sí sin nada dello. Por esto dijo Séneca ¹: «No hace el dinero á uno que sea igual á Dios, porque Dios no tiene nada. No lo hace tampoco el vestido, porque Dios desnudo está. No la fama, ni la ostentación, ni el ser conocido de los pueblos, porque á Dios nadie le conoce, y muchos sin castigo no han sentido bien dél. No lo hará tampoco la multitud de esclavos que lleven á uno en silla ó litera por las calles de la ciudad ó por los caminos, porque aquel Dios máximo y poderosísimo antes lleva y sustenta todas las cosas». ¿Pues qué es lo que nos hará semejantes á Dios? Dice el mismo filósofo ² «que se ha de buscar aquello que no se pueda desear cosa mejor». Pero esto ¿qué es ni puede ser sino Dios? El amor de Dios sólo sosegará nuestro corazón, su hermosura satisfará á nuestros deseos. Aquél será más semejante á Dios, que menos hubiere menester, que tuviere menos de artificio, cuyo apetito se contenta con lo que está contenta la naturaleza, el que no quiere más de lo que tiene, y el que no aborreciere lo que tiene, cuando no es la culpa. No hay tales riquezas, como no querer nada; no hay tal inmunidad, como la paciencia.

¹ Séneca, epist. 31. ² Idem.

III

No solamente se basta Dios á sí mismo por la posesión de todos los bienes que goza, sino también por la exención que tiene de todos los males, y seguridad de su Sér, y bienaventuranza que posee; porque como no tiene su Sér dado de nadie, antes le tiene todo de sí mismo, y en sí mismo, y por sí mismo, y Él es el mismo Sér, y el que da á todas las cosas el sér, y no sólo el sér, sino el vivir, el obrar y el respirar, todo depende dél, y Él de nadie, ni á nadie ha menester, ni nadie le puede dar nada. Esta es una grandeza, sin duda, de suma gloria y gozo para Dios, verse tan independiente, que ni todos los bienes, ni males que pueden acaecer, ningunos le pueden tocar, sino que todos dan mil leguas de su esencia: todos suceden (para lo que toca á Dios) como si pasara en otro mundo, digámoslo así. Gran gloria de la divinidad, que nadie le puede hacer bien ni mal: y así, aunque todos los demonios, todo el infierno, todos los hombres, todas las criaturas, é infinitos infiernos posibles, todos se conjurasen contra Dios, y aunque todas las criaturas dijesen dél millones de blasfemias, y le levantasen feísimos testimonios, y le procurasen por todos caminos deshonorar, nada le empecería ni con nada quedaría desacreditada su honra, ni su majestad venerabilísima menoscabada de como se es en sí mismo. Nadie le puede hacer ningún bien, ó dar algo que ya no lo tenga: y si no, quien le hubiere dado algo, véngalo á decir, y se le satisfará, porque, como dice San Pablo: «¿quién le dió alguna cosa primero y pagársele há?» Y así, aunque todos los hombres, todas las criaturas visibles y todos los nueve coros de los ángeles, le diesen todo el sér que tienen, todas sus perfecciones, y se desnudasen de hecho dellas, no le daban nada;

y aunque le diesen todo el oro, perlas y riquezas del mar y de la tierra, nada desto le añadían á lo que Él tiene; y aunque todas las criaturas se echasen á pensar qué beneficios le harían, qué servicios, qué regalos, y todas juntas se derritiesen y deshiciesen de pura ansia y diligencias para añadirle algún bien ó darle algo, no hallarían cosa en que poder hacerlo, ni cosa que hubiese menester, ni modo, ni manera como darle alguna comodidad á aquel divino Sér; porque todo cuanto ellos pudieran pensar de honra, gloria, riquezas, hermosura, vida, grandeza, etc., todo esto, é infinitos más bienes (que ellos no pueden alcanzar), todo eso se lo tiene Él independiente de todo. Este es un bien en que se encierran todos, soberanísimo por cierto, que es el verse un sér y naturaleza perfectísima, tan independiente de las cosas, que ni males, ni bienes, ni penas, ni glorias, ni malos sucesos, ni buenos, ni el acabarse el mundo, ni el aniquilarse los cielos, ni perecer todo lo criado, nada desto le quita ni le pone un ápice en su Sér y felicidad esencial; de manera que, aunque todos los hombres y ángeles se condenaran y aniquilaran, nada desto le podía á Dios entristecer; y aunque todos ellos fuesen bienaventurados y tan perfectos como el más alto serafín, nada desto le añadía un punto de gozo ó aumento esencial al bien que goza en sí mismo, substancial y esencialmente.

¡Oh inmenso Señor y soberana Majestad! gózome de tu grandeza, regocójome de tan noble y señorial independencia, que de todo tienes: y gózome que dependo de un Señor tan absoluto y tan Señor en sí, que ni por temor de superior, ni por necesidad del inferior se moverá de su rectitud y justicia. Gózome que cuanto hicieres por mí lo haces por amor, y no por interés: porque desta absoluta independencia de Dios se echa de ver claramente su inmensa bondad y misericordia, y el infinito amor que nos tiene; pues sien-

do así que, aunque todos nos condenáramos, á Él no le quitaba ni le ponía nada en su gloria, en su bienaventuranza y en su felicidad intrínseca y esencial, y que igualmente quedará glorificado en el Sér que tiene, así con la condenación como con la salvación de todos: con todo eso es tanta su bondad para con nosotros, que desea con infinito amor que todos los hombres se salven, y ha hecho diligencias y las hace cada día infinitas para ello. Para esto nos crió, para esto encarnó, para esto derramó su sangre, para esto murió, para esto se nos dejó en el Santísimo Sacramento, para esto nos ayuda con su gracia, con tantas inspiraciones y avisos como cada día envía en los corazones de los hombres, porque procuren su salvación, y los aguarda y sufre tantos años tan enormes pecados y maldades como hay en el mundo; que si su deseo no fuera de que se salvaran todos, al punto que peca uno tenía justísima razón para que fuese llevado al infierno. ¡Bendito seáis, Señor, que sin importaros nada los hombres, hacéis y habéis hecho tanto por ellos, como si totalmente os importara el ser Dios! ¿No sois aquel gran Sér que os bastáis á Vos mismo, que no tenéis necesidad de nada? ¿Cómo os empeñasteis tanto por el hombre vil, que os humillasteis y moristeis por él? ¿Por ventura echárades menos algo si se perdiese el hombre? Por cierto ninguna cosa; pero vuestra bondad es tanta, que no sólo os sobra, sino que redundante para hacer tanto bien, aun para aquel que no os importa y os lo agradece tan mal.

CAPÍTULO XVI

Cómo está en Dios el resplandor y claridad que se requiere para lo hermoso. Trátase de cómo es luz y resplandece Dios en las criaturas.

I

Otra calidad de la hermosura señalan muchos filósofos en un cierto género de gracia y resplandor que acompaña á la proporción de partes, y las demás propiedades de lo hermoso, con que se hace más apacible y agradable. Los latinos la llaman *nitor*; mas en romance no hallo tan acomodado vocablo que lo declare, si no es llamándole *lustre*, ó dándole el nombre de *claridad*, con que algunos la llaman, para hacerla común á la hermosura que se halla en los dos sentidos capaces della, según Platón, que son la vista y el oído: porque es particular gracia de la música que tenga voces claras, como también de los colores que tengan lustre, resplandor y claridad. Por esta causa se explica esta gracia de lo hermoso, diciendo: «Echa rayos de hermosura», porque parece hiere como un rayo á los ojos, y que así como la luz del sol echa rayos de sí, también arroja lo hermoso á la vista cierto resplandor y claridad. Y sin duda la claridad hermosea y agracia mucho, pues el sol, que es astro tan hermoso, no tiene otra parte de hermosura sino su claridad y luz; ni un diamante parece bien por otra causa sino por su resplandor, ni el rubí y carbunco se estiman sino por su lucimiento. Y así, generalmente, los que con artificio de ornato quieren ayudar su hermosura, es con cosas de lustre y resplandor. Para esto las cadenas de oro, que es el metal más reluciente; para esto las rosas de rubíes, los apretadores de diamantes, las gargantillas de margaritas, las cruces de esmeraldas, todas

cosas de resplandor y lucimiento, contrahaciendo lo mejor que pueden la hermosura de la luz que por sí es hermosísima; y así no podía faltar en Dios esta hermosura, no por artificio de adorno, sino por propiedad de su naturaleza. Veamos, pues, cómo está en Dios esta condición, porque á las demás propiedades y causas por las cuales es infinitamente Hermoso, se llega ser Él una luz inaccesible y de infinita claridad y agrado. Y así, hablando San Agustín con Dios, le dice ¹: «Vos, Señor, sois luz; Vos sois la luz de los hijos de luz; vos sois día que no sabéis de occidente». San Anselmo le llama Fuente de luz y Sol de eterna claridad ². Más significativamente Santa Gertrudis, regalándose con la Hermosura divina, dice ³. «¡Oh eterno Solsticio y hermoso medio día!» Esto mismo confesó Aristóteles ⁴ llamando luz á Dios. Lo mismo afirma de otros filósofos San Agustín ⁵: «Los platónicos dicen que es bienaventurado el hombre que goza de Dios, no como el alma que goza del cuerpo ó de sí misma, ni como un amigo de otro amigo, sino como los ojos gozan de la luz». Hermes Trismegisto ⁶ refiere en el principio de su *Pimandro* una revelación que tuvo de Dios, que se le apareció en forma de luz, y le causó una vista admirable. «Veía (dice) un inmenso espectáculo, esto es, parecíame que todas las cosas se habían convertido en luz, la cual vista era sumamente suave y gustosa, y con un modo maravilloso me estaba, mientras la miraba, deleitando». Y no hay duda sino que sería este un teatro admirable si viésemos trasformarse en luces todas las cosas, las aves, los animales, los árboles, las yerbas, las piedras, los elementos; pues en Dios todas

1 August., in Solil., cap. 17.

2 Ansel., *De salut. animæ.*

3 S. Gertr., apud Blos. in Monili spirit., cap. 14.

4 Arist., in Theolog. Ægip., libr. II, cap. 4.

5 August., lib. *De civit.*6 Trismegit., in *Pimand.*

estas cosas, esto es, todas las perfecciones dellas, están esmaltadas de luz, ó, por mejor decir, son luz; porque su Sér divino es una luz inmensa que se extiende por espacios infinitos, comprendiendo en sí con particular gracia y hermosura cuantas hermosuras y lindezas hay. Por otra revelación mostró el Señor á su sierva Santa Gertrudis ¹ que era tan incomprensible la luz de su divinidad, que aunque cada uno de los Santos, desde Adán hasta el último de todos, tuviesen el mayor conocimiento é ilustración que alguno ha tenido; aunque fuera mil veces mayor el número de los Santos, con todo eso sobrepusiera á todo entendimiento la luz de la Divinidad. Lo mismo tenemos revelado á San Juan, el cual dice ²: «Esta es la declaración que hemos oído de Dios, que Dios es luz, y no hay en Él tinieblas algunas». En significación de lo mismo se le mostró el Señor en el *Apocalipsis* ³, rodeado de muchas luces, y teniendo el sol por rostro, para dar á entender la Hermosura de la luz divina, que toda es luz y más luz, sin mezcla de sombra alguna. Por lo cual con grande énfasis el teólogo Nacianceno dice ⁴: «Era el Padre la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Era el Hijo la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Era el Espíritu consolador la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Era, y era, y era; pero una cosa era luz, y luz, y luz; pero una Luz y un Dios». Está por cierto que es luz digna de admirar, y desear, y gozar. Y si al Santo Tobías ⁵ le era materia de grande sentimiento no poder gozar de la luz material del sol, ¿cómo puede estar contento el que carece de la luz espiritual de Dios? «¿Qué gozo (dice) tendré, que estoy en tinieblas y no veo la luz del

¹ Gertrud., apud Blos., cap. 14. Monilis, pág. 107. ² I Joan., I.
³ Apocal., I. ⁴ Naz., orat. 31. ⁵ Tob., 5.

cielo?» ¿Qué gusto puede tener quien está privado del mismo Señor del cielo, que es verdadera luz, y le pospone á las cosas de la tierra, tan llenas de engaño y peligro, y que son sombras de muerte? ¿Qué genero de prodigio es lo que se dice por San Juan ¹: «La luz vino al mundo, y amaron más los hombres las tinieblas que la luz». ¡Oh soberano Señor! ¡Oh Sol de justicia! No permitáis que me ciegue tanto que tenga á las tinieblas por luz, que estime á lo criado y no al Criador; sino que ande delante de Vos en verdad y luz, sirviéndoos y agradándoos en todo, vistiéndome, como dice el Apóstol, armas de luz con santidad en las obras, pureza en el corazón, desengaño en el entendimiento y luz en mi alma. Dadme que conozca la diferencia que hay de vos á las criaturas, por la que hay de la luz á las tinieblas, del día á la noche, del sol á la lóbreguez y oscuridad: porque respecto de vuestro resplandor y claridad, el sol es como un borrón de tinta, lóbrego todo y oscuro. ¡Oh cuán digno sois por tan inmensa luz de ser servido, adorado y admirado! Porque si á muchas gentes la claridad del sol causó tanta admiración que le adoraron por Dios, ¿cuán digna de admiración y de veneración será la luz inaccesible del Criador? ¿cuán precioso su resplandor?

II

Verdaderamente, si consideramos las admirables calidades y excelencias de la luz material, son todas unas sombras de la luz sobrenatural é inmensa de Dios. La luz es el ornato y gala del mundo, y la hermosura de la misma hermosura, porque sin luz nada fuera hermoso; es el lustre de los colores, el alma de todo lo visible, la gloria y belleza de los astros, y el vigor de todo este universo, su-

¹ Joan., 3, 19.

jeto á generaciones, y la primera cosa de todas las cosas criadas en los elementos. La luz contiene eminentemente las demás calidades inferiores en cuanto es causa dellas: ella gobierna al mundo y le fomenta con su calor vital. La luz no tiene contrario, sino el no ser de las tinieblas. La luz fertiliza la naturaleza, y hasta en las entrañas de la tierra se siente su eficacia, aunque no se ve su presencia. La luz no es escasa ni tarda en dar; en un momento se comunica cuanto puede. Todo esto es un rayo ó sombra de Dios, luz inmensa, del cual depende el sér y hermosura de todas las cosas, y sin Dios no hay nada hermoso: Él es el que da sér á todo, más que la misma alma de las cosas; Él es la gloria y lo bueno de todo, y la flor de todo lo perfecto, la primera de todas las esencias, y el fundamento y causa de todo, que encierra en sí con toda eminencia las perfecciones de todas, que no tiene contrario que á su omnipotencia se oponga; cuya eficacia en todo el mundo se siente, pues le conserva y da sér; pero es invisible su naturaleza y oculta su presencia. Su liberalidad es tan grande, que se da todo; tan fácil, que ni á los deseos de recibir suele aguardar para conceder; porque, como bien dijo San Cipriano ¹, «el dar de Dios es muy fácil: así como el sol echa sus rayos de gana, el día alumbra, la fuente riega, la nube rocía, así el Espíritu celestial se infunde». ¡Oh soberana Luz! entra en mi alma y comunícala tu gracia. Bendito seáis, Señor, que tan liberalmente os queréis comunicar á quien tan desagradecido os ha sido, que cerrándoos tantas veces la puerta, os entráis con todo eso en los corazones de los hombres, y por más duros que sean los ablandáis y deshacéis. La luz, aunque sea la del fuego, no derrite las piedras, sino la cera blanda; pero la eficacia de vuestra divina luz llega á enternecer los corazones

¹ Ciprian., ep. 2.

nes más empedernidos que una peña, y á derretirlos en vuestro amor. Concededme esta gracia en mí, y dadme que me deshaga todo por servirlos y amarlos. Quisiera, Señor, deshacerme en más partes que son los átomos del sol, las arenas del mar, las hojas de los árboles, las estrellas del cielo, y en cada una tener el amor que os tienen los serafines que más participan de vuestra soberana luz.

Es gran argumento en Dios, de su infinita luz y hermosura, la claridad y resplandor que de su perfección derrama en las criaturas. Por lo cual dijeron los platónicos que la hermosura de las cosas criadas era sólo un resplandor del rostro divino, cuyos rayos son tan claros, que aun estando Dios escondido, se echan de ver por la sombra de las criaturas, por la cual se puede rastrear algo de su divina perfección: porque ¿cómo puede dejar de ser muy hermoso quien hizo todo este universo, tan lleno de hermosuras y naturalezas tan perfectas? La costumbre hace que no nos admiremos más deste mundo; pero si uno entrara en él de repente con perfecto juicio, que no lo hubiera visto antes, creo que quedara pasmado de su composición y ornato, admirando en los cielos las bóvedas de cristal tan transparentes, y cuajadas de tan lucientes diamantes de estrellas, con aquellas dos grandes antorchas del sol y luna, sin ser menester jamás desahabilarlas ni cebarlas. ¡Cuánta hermosura hallara en las aves tan pintadas y otros animales tan bien formados! ¡Qué amenidad en los prados, con tanta variedad de flores y rosas! ¡Qué orden en los cielos! ¡Qué proporción en los elementos! ¡Qué disposición tan admirable en toda la naturaleza! ¡Qué hermosura en todo el universo! Todo esto es una vislumbre de la Hermosura divina, y un destello del inmenso piélago de sus divinas perfecciones, y una sombra de la infinita claridad y sol de justicia que da sér y vivifica todas las

cosas, y contiene con eminencia la flor y perfección de todas. Lo cual considerando un doctor contemplativo, dice: ¡Oh cuán digno es Dios de ser amado y deseado! Él mismo es luz, hermosura, paz, suavidad, dulzura y bondad del todo inmensa, invariable y eterna. Mucho nos admiramos, y con razón por cierto, del resplandor del sol, de la claridad de la luna y estrellas, de la composición de los cielos, del orden de los elementos, de la multitud de los animales, de la variedad de los colores, del regalo de los huertos y jardines, de la lindeza de las flores, de la frescura de las yerbas y hojas, del lustre del oro, de la excelencia de las piedras preciosas y perlas, de la armonía de los cuerpos, de la forma y gracia de los rostros de los hombres; pero si viésemos la hermosura inefable de las criaturas invisibles, conviene á saber, de aquellos espíritus soberanos y almas bienaventuradas, de sola admiración desfalleciéramos. ¿Cuánto, pues, nos debemos admirar, y amar la incomprendible Hermosura de Dios? Porque las hermosuras de las cosas criadas, realmente no son otra cosa sino unos muy pequeños arroyuelos, que como de fuente original proceden de aquella Hermosura infinita. También nos admiramos de los cantos de las aves y de las voces suaves de la lira y cítara, de la extremada dulzura que puso Dios en la miel, en las frutas, en algunas matas, flores y yerbas, y especies aromáticas; pero el mismo Dios, de donde mana toda esa dulzura, es sin comparación, é infinitamente, más agradable y más suave. La melodía, el olor y sabor están en Dios de cierta manera, que no hay quien pueda explicarla, con un sér sobre todo sér, muy verdadero y muy perfecto. Es cosa cierta que todo lo que se halla en las criaturas repartido y limitado, de dulzura, de excelencia, de amor y perfección, todo se halla junto y recogido en Dios simplicísimamente, y con un cumplimiento infinito.

Esta luz visible y esta claridad del sol, comparada con la divina luz, es oscuridad y tinieblas; y así San Juan dice en el *Apocalipsis*¹ que aquella soberana Ciudad no tiene necesidad de sol, porque es alumbrada con la claridad de Dios. Allí hay un solo y perpetuo día, sin que jamás le suceda noche ninguna. Demás desto, toda la hermosura de las cosas criadas, comparada con la hermosura no criada, se puede llamar fealdad. Así también la dulzura y suavidad de la criatura es como amargura y ajenjos respecto de la suavidad del Criador. De la misma suerte, toda la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia y perfección deste siglo, es nada en comparación de la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia y perfección de Dios. También todos los gozos y deleites que se reciben en este mundo, en comparación de los gozos purísimos y deleites perpetuos que hay en el Cielo con la vista de Dios y con la compañía de los Santos, son como una gota muy pequeña de agua, comparada con todo el mar Océano. Deseemos, pues, á nuestro Dios, que solo Él nos puede entera y cumplidamente hartar: amemos aquel sumo é inmutable Bien, en quien están todos los bienes: suspiremos por aquella bienaventurada y eterna vida; allí serán perfectas y eternas las alabanzas de Dios, y el amor encendido, dulce y estable.

III

Este resplandor de Dios en las criaturas, no sólo descubre su grandeza, sino su bondad y amor; el cual no es sólo luz, sino llama; ni sólo llama, sino incendio, que está despidiendo, no centellas, sino rayos de fuego para abrasarnos con amor con el agradecimiento que merecen tantas prendas de su infinita caridad cuantas criaturas hay;

¹ Apoc., 21.

porque pues Dios las hizo para el hombre, todos cuantos beneficios las hizo á ellas, hizo al hombre. Y así, cuantas criaturas hay en el mundo, tantas mercedes nuestras son; y pues del hacerlas es la causa su amor, ¿cuánta será su llama, que se ceba en tanta leña? ¿cuál será la luz que resulta de tan gran hoguera? ¿cuál el resplandor que tal incendio arroja? ¿cuál la bondad, que rebosa en tan buenas obras y beneficios cuantas son las naturalezas que encierran cielo y tierra, pues todas las hizo el Criador para el hombre? ¿Pues cómo no basta tanto fuego para abrasarte? ¿cómo no basta tanta luz para alumbrarte? Porque si fué prodigio que los niños del horno de Babilonia en medio del fuego no se quemasen, mayor espanto debe causar que en medio de tanto incendio no nos abrasemos en amor de Dios, y al resplandor de tantas llamas no lo conozcamos; que estando en medio de la luz no veamos, y rodeados de llamas no nos abrasemos. La hermosura de los cielos, la virtud del sol, la claridad de la luna, el influjo de las estrellas, la amenidad de los árboles, el olor de las flores, la vista del diamante, el verdor de la esmeralda, ¿á quién deleitan y aprovechan más: al hombre, ó á las mismas cosas? Por cierto á los hombres, que gozan de la gracia, y hermosura, y virtud dellas. Porque si un Rey mandase hacer una joya preciosísima y muy hermosa para presentarla á otro príncipe, no sería este beneficio de la joya que se hizo, sino del príncipe para quien se hizo. Y con más razón son beneficios del hombre cuantos bienes se hacen á las criaturas, pues se hacen por el hombre, al cual sólo ha hecho Dios tantos beneficios, cuantos ha hecho al resto de lo criado. Pues aun los beneficios ajenos de otras cosas, los ha hecho propios beneficios nuestros. La fruta que se da al árbol, la lana que se da á la oveja, la carne que cría el carnero, el agua que arroja la fuente, las flores con que se

visten los campos, las aves con que se puebla el aire, los animales que ocupan la tierra, y todo lo que es bien de otra criatura, es beneficio del hombre, más que suyo. ¿Cómo entre tantas luces de beneficios no conocemos la bondad divina? ¿cómo entre tantas llamas no ardemos? ¿cómo entre tantos favores no amamos á quien por tantos caminos nos busca y con tantos testimonios nos muestra su amor? ¿cómo, ofreciéndonos en todas las cosas, no le hallamos? ¿y cómo obligándonos en todo no le somos agradecidos en algo? Por cierto que no sé cómo, sino porque somos miserables, y pobres, y ciegos; pero la gracia del Señor será tan poderosa, que nos alumbrará y enriquecerá.

Todo esto que he dicho de la luz de Dios, no es más que una sombra ó noche respecto de lo que ella es; pero como los diestros y excelentes pintores, cuanto más bajan las sombras más suben los resplandores, ya que yo he puesto tan baja esta sombra de la luz divina, suba el ánimo devoto sus resplandores cuanto su afecto y concepto pudiere, y Dios le ilustrare, sin cuya luz no se puede ver su luz. Cuando vemos en un papel un pequeño mapa que representa la tierra, no se entiende que es el mundo de igual pequeñez, sino extendemos la consideración á una incomparable grandeza que por cosa tan pequeña entendemos. De la misma manera, cuando á las perfecciones criadas, al sol y las estrellas, y á todo el universo proponemos como por mapa y sombra de Dios, no le hacemos á Dios tan pequeño como al mundo y sus criaturas, aunque por las criaturas le concebimos: que si bien Dios por su Sér no ha menester las criaturas, hémoslas menester nosotros para conocerle: porque si quisiéramos declarar á Dios como es en sí, ni nos entendieran otros, ni nos entenderíamos nosotros mismos. Esto nos excusa de atrevimiento en haber comparado la criatura con el Criador, que es incomparable.